













escándalos, como ellos dicen, en su propio país: de vez en cuando vienen al continente a darnos alguna muestra de su actividad.

—¿Y qué una noticia que damos sin garantirla, a pesar de haberla recibido de persona que nos merece crédito?

—Parece que una joven de carácter altivo y resuelto, por cuyas venas corre la sangre de un par de Inglaterra, y que se llama, según dicen, mis Ellen P... ha pasado recientemente el estrecho sin consentimiento de su familia, seguida de dos criados que han favorecido su fuga.

—¿Qué venía a hacer a París? Esto es lo que no se sabe a punto fijo.

—Pero lo que no se ignora es que se ha instalado en una elegante habitación a los alrededores del boulevard de los Italianos, y que todas las tardes se la ve salir a las cuatro y dar un paseo en carruaje por el bosque de Boulogne.

—Pero parece también que esta escapada no ha sido del gusto de su familia.

—En Francia, un padre, en semejante caso hubiese corrido inmediatamente detrás de su hija.

—Pero es de creer que en Inglaterra se hacen las cosas de otro modo.

—Lord P... el padre de miss Ellen, que pertenece a la Cámara alta, no ha creído deber ausentarse de los trabajos de la sesión.

—En vez de venir a buscar a su hija a París, ha enviado dos detectives.

—Estos dos agentes de la alta policía inglesa, hombres muy decentes al parecer, y perfectamente educados, traían la misión de buscar a miss Ellen, cosa que han conseguido con facilidad.

—Traían plenos poderes, y han sido ayudados en todos sus actos por la embajada británica.

—Así les ha sido fácil asegurarse de la persona de miss Ellen.

—Pero no crean nuestros lectores que la han conducido a Inglaterra.

—No... lord P... ha creído prudente sofocar este pequeño escándalo o al menos hacerlo olvidar.

—De consiguiente, se propone venir a París, acudida que sea la actual sesión del Parlamento, y de aquí llevar a su hija a viajar a Europa.

—Ha dado pues a los dos detectives el encargo de vigilar de cerca a la bella fugitiva, de acompañarla por todas partes, al paseo, al teatro, con la expresa condición de que no comuniquen con nadie.

—Y la razón de todo esto es, como nuestros lectores lo han adivinado, que en el fondo de esta escabrosa historia hay un amor misterioso que no es de la aprobación del noble lord.

La lectura de este artículo despertó toda la curiosidad de Rocambole, y lo puso en el acto al corriente de la situación.

Miss Ellen se hallaba en París, siguiendo sus indicaciones, pero no había podido ponerse en relación con Milton y sus compañeros.

De consiguiente Milton no sabía nada.

—¿Cómo avisarle?... ¿Cómo transmitirle la orden de advertir a Marmouset y demás compañeros, noticiando su prisión y venir con ellos a Londres?

Rocambole permaneció pensativo una parte de aquel día, pero al fin halló sin duda una solución, pues dijo dirigiéndose a Barnett.

—Véamos, canchada, escuchame con atención.

—Decid, respondió el irlandés.

—Te han encerrado aquí con objeto de espiarme, ¿verdad? ¿quieres que te diga mis secretos...?

—¡Ah! señor, interrumpió Barnett asombrado, ¿por qué me diriges de nuevo ese reproche?... No os he dado jamás muestras de arrepentimiento?

—Es verdad; pero no me interrumpas hasta saber lo que quiero decir.

—Todas las mañanas viene aquí el gobernador y te interroga con la vista.

—Es cierto.

—Y cada día viene con la esperanza de que tendrás algo que decirle.

—Hasta ahora se ha llevado chasco, dijo Barnett.

—Cosa muy natural al principio, puesto que yo no me había deli.

—Y mucho más natural hoy, que soy vuestro en cuerpo y alma.

—Pues bien, amigo Barnett, es necesario hacerme traidor.

—¿Cómo? exclamó el irlandés en el estremo de la sorpresa; ¿haceros traidor?... ¿yo?

—Hablo en sentido figurado, dijo Rocambole riéndose.

—¿Ahí?

—Es a ocuparte en mi servicio.

—¿Estoy pronto?

—Mañana, cuando venga el gobernador o alguno de los carceleros, tendrás la señal convenida, indicando que tienes algo que decir.

—Bueno, y entonces el gobernador me hará ir a su habitación bajo cualquier pretexto.

—Es probable.

—Y entonces, ¿qué debo decirle?

—Mañana lo sabrás.

Después de esta conversación, Rocambole pasó el resto de la noche recogido en sí mismo, meditando sin duda lo que debía hacer.

Al día siguiente, en vez del gobernador, fué el carcelero quien vino a hacer la visita cotidiana al calabozo.

Barnett le hizo la señal convenida, y el carcelero se fué visiblemente satisfecho.

Entonces Rocambole dijo al irlandés.

—Ahora, el gobernador va a venir a buscarme; eso no tiene duda.

—Así lo creo.

—Pues bien; escucha con atención lo que voy a decirte.

—¿Os escucho.

—Cuando el gobernador te interroge, le dirás: el Hombre gris me ha hablado en fin de cosas de alguna importancia.

Me ha dicho que los señores, perseguidos de cerca en Inglaterra, habían formado un nuevo cuartel general, que se encuentra hoy en París.

—Bueno; le diré todo eso.

—Y que allí tienen un jefe terrible llamado Rocambole.

—¡Diable de nombre! exclamó Barnett.

—Entonces, prosiguió Rocambole sonriéndose, añadirás que habría un medio muy sencillo de apoderarse de ese hombre, que según parece, es uno de los más hábiles y osados, entre todos los jefes del partido fenian.

—¿Y ese medio...

—Sería anunciar en los periódicos, que Rocambole ha caído en manos de la policía inglesa y que lo han encerrado en Newgate.

—¿Pero no decís que ese hombre está en Francia?

—Observó Barnett.

—¿Qué deduces de eso?

—Que permanecerá allí.

—¿Y cómo puedes comprender lo contrario al gobernador?

—¿Cómo puedes?

—Haciéndole ver que si Rocambole ha huido de Inglaterra, es por que no encontraba seguridad en ella.

—Muy bien.

—Y que ahora, al leer en los periódicos que lo han preso y encerrado en Newgate, querrá aprovecharse de este error. Puesto que la justicia cree tenerlo entre sus garras, la policía dejará de buscarlo, y podrá volver tranquilamente a Londres.

—¡Ah! ya comprendo.

Rocambole no tuvo tiempo para añadir otra cosa, pues en aquel mismo instante se abrió la puerta del calabozo, y el carcelero se presentó de nuevo.

—Barnett, dijo, la súplica que habéis dirigido a S. M. pidiendo una conmutación de pena, ha sido bien acogida.

—Barnett, que no había sido jamás condenado a muerte, representó su papel en conciencia y lo mas naturalmente del mundo.

Al oír al carcelero lanzó un grito de alegría, y casi tuvo que sostenerse para no caer desfallecido.

—Seguíme añadió el carcelero.

—¿Adónde?

—A la habitación del gobernador para oír la lectura de la orden de conmutación.

Barnett no hizo observación alguna y siguió al carcelero.

—Con tal que no adivinen que soy yo Rocambole... se dijo el Hombre gris cuando se encontró solo.

XII

El supuesto fenian Barnett fué conducido pues a las habitaciones de sir Roberto Michels, el gobernador de Newgate.

Este le esperaba con impaciencia.

—¿Y bien? lo dijo, nuestro fenian ha hablado en fin?

—Sí, señor, no me ha costado poco hacerle hablar. Barnett era inteligente, había aprendido punto por punto la lección de Rocambole, y repitió testudamente a sir Roberto, todo lo que aquel le había dicho.

—¡Eh!... eh! dijo el gobernador con su eterna sonrisa, revelación es esta que tiene algun valor... puedes estar seguro de ser recompensado.

—Así lo espero... dijo Barnett, porque al fin, yo que soy buena y simplemente agente de policía, no es justo que esté encerrado días y días como un criminal, sin que se me compense esa pena.

Sir Roberto Michels hizo volver de nuevo a Barnett a su calabozo, después de repetirle que obtendría la recompensa merecida, y viéndose a toda prisa, mandó venir un carruaje, y entrando en él dijo el cochero:

—A Elgin-Crescent.

No eran aun las diez de la mañana, y de consiguiente sir Roberto Michels estaba seguro de encontrar al reverendo Patterson en su casa.

El jefe oculto de la religión anglicana, el poderoso sacerdote, que era respecto del arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, lo que el general de los jesuitas es respecto al Papa, el reverendo Patterson, en fin, se hallaba en su casa en efecto, sentado a una mesa cubierta de papeles, libros y cartas, cuando sir Roberto Michels se presentó en su despacho.

Al ver entrar al gobernador de Newgate, el reverendo comprendió desde luego que se trataba de algun asunto grave.

—¿Qué es esto, señor gobernador? exclamó. ¿Venís a anunciarme acaso la evasión del Hombre gris?

Sir Roberto Michels venía con la sonrisa en los labios, pero como era sabido que el buen gobernador se sonreía perpetuamente, esta circunstancia no probaba absolutamente nada, y podía suceder muy bien que viniese con su semblante placido a traer la noticia de una catástrofe.

Afortunadamente sir Roberto Michels, en vez de

emplear sus interminables preámbulos, dijo de seguida:

—Vuestro Honor puede tranquilizarse, el Hombre gris está perfectamente guardado.

—¡Ah! exclamó el reverendo, debo confesaros que hay noches en que me despierto sobresaltado, oprimido por espantosas pesadillas.

—¡Ah! señores que se ha escapado nuestro hombre...

—Sí.

—¡Oh! ¡jamás se ha escapado nadie de Newgate.

—Se ha escapado con la cuerda al cuello, dijo con dureza el reverendo Patterson, aludiendo a la millagrosa evasión del irlandés John Golden, auxiliada por el Hombre gris.

Pero la imperturbable serenidad de sir Roberto, no se turbó por este cargo directo.

—¡Oh! Vuestro Honor debe comprender que eso no me incumbe en modo alguno, replicó sonriéndose: desde el momento en que he entregado un recibo a Calcraft, y que me ha dado recibí... ¿yo no tengo que ver nada con lo que sucede.

—En fin, ¿qué venís a notificarme?

—Nuestro hombre ha hablado.

—Bueno, ¿ha dicho su verdadero nombre?

—Todavía no.

—¿Qué ha dicho entonces?

—Ha confiado a Barnett que el jefe fenian mas hábil, después de él, se hallaba en París, donde organizaba una tentativa misteriosa.

—¿Y cómo se llama ese jefe?

—Rocambole.

—¿Un nombre singular!

—Entonces, añadió sir Roberto Michels, Barnett, que es un polizman inteligente, me ha dado una famosa lista.

—¿Venamos.

Rocambole ha huido de Londres, creyendo que lo perseguían.

—¿Y bien?

—Y bien, si se insertan en el Morning Post y en el Times unas cuantas líneas, anunciando que el famoso jefe fenian Rocambole ha sido preso y se halla encerrado en el Newgate...

—¿Sucedere que eso... Rocambole, leerá el anuncio o tendrá de él noticia por uno de sus aliados; que jugará por ello que no tiene nada que temer en Inglaterra, y que se aventurará a venir a Londres, donde se le echará mano en seguida.

—La idea es bastante ingeniosa en efecto, dijo el reverendo Patterson.

—¡Os parece que se ponga en ejecución?

—No, todavía no; dejámedes reflexionar en ello.

—¡Ah!

—Es que... francamente, querido, prosiguió el reverendo, el fenianismo en sí mismo, considerado

como movimiento insurreccional en favor de la independencia de la Irlanda, suena insoportable que no se realice jamás, no me ocupa en realidad sino de una manera secundaria.

El gobernador de Newgate se quedó mirando al reverendo Patterson con asombro.

—Si yo he perseguido con tanto celo como habilidad al individuo misterioso que llaman el Hombre gris, prosiguió el reverendo, y lo he hecho caer en mis redes, es únicamente porque lo considero como el mas peligroso para nosotros, es decir, para la religión anglicana, puesto que era el brazo derecho del abate Samuel, y el abate Samuel, ya sabéis...

—Sí, es el apóstol católico que adora con fanatismo el pueblo bajo de Londres.

—Justamente.

—Pero en fin, puesto que tenemos al Hombre gris...

—Sí, lo tenemos, es cierto; pero el lord presidente del Tribunal supremo no quiere que se le juegue hasta que se averigüe su verdadero nombre.

—Así lo ordena la ley, dijo sir Roberto Michels, pero estoy convencido de que lo sabremos tan luego como nos hayamos apoderado de ese Rocambole de quien habla.

—Sea, dijo el reverendo Patterson, pero esperad hasta esta noche, antes de enviar ese artículo a los periódicos.

Y con esto despidió a sir Roberto Michels, y después se vistió y salió a toda prisa.

El reverendo se dirigió a la primera oficina de telegramas y expidió el despacho siguiente:

«Sir James Wood, «Hotel del Louvre.

«Tenéis conocimiento de cierto jefe fenian llamado Rocambole, y que debe estar en París?

«Patterson.»

El reverendo esperó durante todo el día la respuesta de sir James Wood.

Pero esta respuesta no llegó como lo esperaba.

Para ello había una razón muy sencilla.

Sir James Wood estaba en manos de Marmouset; hacia veinte y cuatro horas que el jefe fenian se dirigía al palacio de lord Palmer.

El par de Inglaterra iba a salir, como hacia todas las tardes, para ir al Parlamento.

Hubiese recibido un despacho de sir James preguntándole el reverendo.

—No, ¿por qué?

El reverendo contó entonces a lord Palmer cuanto se había hablado en la visita que recibiera del gobernador de Newgate.

Después de haber reflexionado un momento, el no-

ble lord emitió la opinión de que sir James no respondía, porque se ocupaba en discutir en averiguar si se hallaba en París el jefe fenian que llamaban Rocambole.

El reverendo fué de la opinión de lord Palmer, y escribió en seguida a sir Roberto Michels diciéndole que podía enviar la nota a los periódicos.

El gobernador de Newgate era un sueldo literato; se glorificaba de haber escrito muchas obras, que no habían visto la luz pública, sobre todo una novela titulada *Mis Elmina o los terribles efectos de una seducción indolente*.

La novela respondía perfectamente a su título.

El plácido sir Roberto, apenas hubo leído la carta del reverendo Patterson, corrió cuidadosamente una pluma, y con su mas esmerada letra, trazó las líneas siguientes:

«El hombre que ha causado mas embrazos al gobierno de su Majestad la reina desde las últimas revueltas de la Irlanda, el fenian Rocambole, que durante tanto tiempo ha buscado en vano la policía; acaba de ser preso en Dublín y transportado a Londres. Se le ha encerrado en Newgate, y creemos que pronto se sentenciará su causa.»

En seguida expió tres copias de este artículo, y envió la primera al Times, la segunda al Morning Post y la tercera al Evening Star.

Y hecho esto se frotó las manos, muy ajeno de pensar que acababa de decir la verdad, y que Rocambole se hallaba en efecto encerrado en Newgate.

El buen gobernador había caído simplemente en el lazo que le había tendido Rocambole.

XIII.

Esta intriga, como ha podido comprender el lector, debía dar admirablemente sus resultados.

El día mismo en que publicaban los periódicos de Londres esta sencilla redactada por sir Roberto Michels, la policía de Scotland-Yard se hallaba en una conmoción indescriptible.

Sir Richard Maine, el jefe metropolitano de la policía de Londres, acababa de morir.

Se sucesor no estaba designado aun pero los diferentes jefes de servicio que habían funcionado bajo sus órdenes, ardían en deseos de sucederle, e iban a rivalizar en celo y actividad, para distinguirse y alcanzar esta importante plaza.

Por ocho horas habían transcurrido ya desde el momento en que el reverendo Patterson, tras desde el fondo de su modesta casa de Elgin-Crescent dirigía todo el movimiento, había enviado el telegrama que hemos visto, a sir James Wood el detective.

Por qué sir James no respondía a ese despacho?